Por dónde empezar… Bueno… tal vez como todos los años: «Pau, te deseo un feliz Día del Padre». Mmmm… no, espera un momento. ¿Por qué esto suena demasiado simple, demasiado artificial, demasiado ensayado? Como eso que dices para cumplir con algo… Mmmm… tal vez sea por la misma razón por la que se escribe esta carta, porque un día aleatorio, una vez al año e impuesto por alguien más, no puede ni de lejos representar lo que significa ser padre, y mucho menos lo que significa el nuestro para nosotros.

Hasta esta carta se quedará corta, pero bueno, nos contentaremos con decir que al menos intentaremos capturar todo lo que nuestro corazón siente… vaya que nos quedaremos cortos, pero como dijo Thanos: «No es tiempo de lamentos», así que vamos a empezar.

Tal vez sea bueno comenzar con una pequeña anécdota, una entre miles. Ahí estaba yo, un pequeño y regordete Nick Medina (segundo, porque esta carta es precisamente para el primero). No rozaba aún los diez u once años y, como todo niño, empezaba a experimentar el peso de sus decisiones, a equivocarse… vaya que se equivocaba. Por eso mismo comenzaba a considerarse indigno de amor y, sobre todo, de admiración. Todos los adultos a su alrededor habían reforzado esa idea.

Sin embargo, una tarde, en el carro, regresando de entrenar como de costumbre, charlaba con su padre. Entre ellos siempre había tema de conversación, donde el humor no podía faltar. Recuerdo esos momentos como pequeños instantes de alegría a pesar de los problemas que tenía el pequeño Nick Medina en ese momento. Su padre no parecía compartir la idea que los demás adultos tenían de él; a él siempre le parecía fascinante, gracioso, incluso listo.

Luego de unos instantes, cesando por un momento la conversación, su padre se dirigió a él y, de la forma amable y solemne que tanto le caracterizaba, le dijo las siguientes palabras:

«En la vida cometemos errores. Debes entender que todos nuestros actos tienen consecuencias y que, llegado determinado momento, tenemos que asumirlas. Pero quiero que recuerdes algo: yo siempre estaré ahí para apoyarte, nunca te abandonaré. No importa cuánto te equivoques, yo soy tu padre y estaré ahí hasta las últimas consecuencias».

Fin de la anécdota.

Tal vez en este papel no se logre divisar el peso de lo que esas palabras fueron para el pequeño Nick Medina, pero esas palabras lo fueron todo, porque le recordaron que nunca estaría solo, que siempre podría apoyarse en su padre, que no tendría que ser perfecto. Su padre lo amaría igual, su

padre siempre estaría orgulloso de él. Fue todo lo que el pequeño Nick Medina necesitó, necesita y necesitará. Desde ese momento siempre se sentiría valioso y procuraría ser mejor, mejor no solo por él, sino también por su padre.

Hermoso, ¿cierto? Hermoso lo que un recuerdo puede hacer, tanto como representar más que cualquier día célebre lo que significa ser padre; o, mejor dicho, lo que significa mi padre para mí.

Porque mi padre fue realmente eso, no lo que dicen que un padre debe ser, sino lo que yo necesité que fuera. Él fue padre y madre al mismo tiempo. Nos guio para que en el futuro pudiéramos enfrentar las exigencias sociales de verdad y justicia. Nos transmitió los valores que todo ser social debe tener para convivir con los demás, pero no se detuvo ahí; eso hubiera sido fácil. Él fue más allá.

Nos amó como una madre ama incondicionalmente. Nos enseñó lo que es el amor, algo que normalmente se asocia arquetípicamente a la madre. Alguna vez se lo dije: nosotros solo podemos amar gracias a él; sin él, nuestra idea del amor sería completamente distinta. Hasta me atrevería a decir que no podríamos amar, ya que el único otro modelo que hubiésemos tenido habría sido el de nuestra madre.

Él nos transfirió el amor de su propia madre —vaya que debió ser un amor muy bonito—. Nuestra «migajería», si se me permite el término, se debe a él. Todo el romanticismo, toda esta idea de perderte en el otro, es gracias a él, porque nos enseñó el valor de amar incondicionalmente, de amar sin esperar nada a cambio, de entregarlo todo; porque eso es realmente amar.

Pero tampoco se quedó ahí. Nos transmitió su gran sentido del humor y su carisma, ese que hace que las personas siempre quieran estar cerca de ti. Aunque hay que admitir que heredamos bastante de la personalidad repelente de nuestra madre, en el fondo también heredamos gran parte de esa gracia y ese carisma.

Porque, al final, tal vez sin decírnoslo directamente, él nos enseñó que lo más importante que puedes dejar es una huella en las personas, un recuerdo bonito de ti. Porque las cosas materiales no son las que trascienden el tiempo, sino los recuerdos que los demás conservan de nosotros. Poder tocar a una persona hasta el punto de vivir para siempre en su mente y en su corazón es lo que verdaderamente trasciende el tiempo y el espacio, lo que te hace inmortal.

Tal cual él lo hizo con nosotros.

Él trascendió. Todos sus actos, todas sus palabras y todo su amor vivirán siempre en nuestra mente. Él siempre estará con nosotros y formará parte de nosotros, incluso cuando ya no esté, e incluso cuando nosotros tampoco estemos. Porque seguiremos hablándoles de él a nuestros hijos y ellos a los suyos, porque alguien tan magnífico merece ser recordado para siempre.

Y bueno, todos estos artículos que hemos metido en esta caja, al igual que esta carta, no quieren representar simplemente un presente o un regalo más. Son una caja de recuerdos. Para otros podrán ser solo objetos, pero para nosotros son el reflejo de todo lo que se ha dicho aquí; son el símbolo de todos los recuerdos, momentos, alegrías y tristezas vividos junto a mi padre.

Así que ese es nuestro regalo para ti, pa… o tal vez sea al revés: tal vez ese regalo fuiste tú para nosotros.

Porque, al final, nos diste algo mucho más valioso que cualquier cosa material: una vida feliz, una vida que vale la pena ser vivida y, sobre todo, una vida que vale la pena ser recordada.

Un abrazo a la distancia, de tu homónimo,

el gran Nick Medina (segundo).